

Hizo un ademán gracioso que solamente el tigre comprendió. Con la cabeza erguida, mirando hacia lo lejos, el noble animal inició la marcha. Orgullosa, tal vez, de comprender mejor el espíritu humano que muchos de los hombres.

Volví de nuevo a la realidad. Tomé una vez más, entre mis manos ansiosas, la bella novela de Diego Povedano. A la par admiré al autor sereno y a la encantadora protagonista. El profundo espíritu religioso de Luis Barrantes Molina satura cada una de las páginas de esta novela publicada en Buenos Aires hace unos treinta años.

Aparece, en ella, la figura de Jesús en los momentos en los que llena, los espíritus, de los postulados de una religión que no es la más perfecta de las religiones sino la absoluta entre ellas.

Barrantes Molina evoca las actividades esenciales de Cristo recordándonos que siempre las supo orientar hacia el amor y hacia la contemplación de Dios. Como buen cristiano que es, cree en la persona de Jesús, en la que encuentra el Sendero, la Verdad, la Vida. Ese sendero lleva hacia el futuro, esa Verdad será de todos los tiempos, esa vida ha de ser eterna.

La personalidad espiritual del Santo está por encima de la gloria. En él se encuentran las características exigidas por Max Scheler para el genio, para el artista. Su acción se ejerce tanto en el mundo espacial cuando en el universo temporal.

¿Es Cristo un filósofo? ¿Es un místico? ¿Es un poeta? Tiene un secreto: el de hacerse, amar hasta el delirio. A sus pupilas que derraman pureza y ternura se asoma la infinita bondad del Padre.

A su lado, en la novela, Magdalena, la pecadora; Dimas, el bandido y Rubrio, el viajero romano que, entre las colinas de cedros olivos y terebintos busca a su hija.

Escuchan, y con ellos una atenta muchedumbre, las bienaventuranzas del dolor predicadas por el Nazareno. Lo más profundo explicado con las palabras menos difíciles.

Esas enseñanzas detienen a Magdalena en su vertiginoso descenso hacia el desorden y la culpa. Ella comprende a Jesús. Fue pecadora por vanidad, por soberbia, por anhelo de ser admirada. Olvidó el culto a Dios para sustituirlo por la adoración de su propio, admirable cuerpo.

Interesante es el estudio que Barrantes Molina hace del proceso seguido por María de Magdalena en su caída.

La voz de Cristo le trae arrepentimiento, así como llena de piedad el espíritu de Dimas cuyo descenso moral fue, no por amor, sino por odio hacia la injusticia de los grandes y de los pequeños. El salteador admira a Jesús por el valor, por su audacia, por su heroísmo. No le satisface, eso sí, la propaganda que el Nazareno hace en favor de la renuncia, del olvido de las injurias, del profundo amor al enemigo.

En la segunda parte hallamos detalles e interesantes descripciones de paisajes y de almas, que también son paisajes. Asistamos a la transformación inesperada de un deseo impuro en un amor inmaculado. El que Dimas ha sentido y el que ahora siente por Magdalena.

Surge la conspiración contra el domino romano. Es preciso castigar a Jesús. Así se defiende al sacerdocio al que creen denigrar.

Entre tantas inquietudes, entre tanta intriga, aparece el dulce ejemplo de María, la Madre del Sacrificado. Se realiza la perfecta conversión de Magdalena. Una nueva castidad surge en lo íntimo. Ahora comprende lo Bello, aprecia lo Bueno, siente lo Veredero. Ahora sabe, en realidad, lo que es Amor.

Con tal de salvar a su hija, prisionera del desalmado Rubrio el viajero romano, declara falsedades contra sus amigos que sirven para hacer condenar a Jesús.

La mirada profunda del Nazareno se clava en el fondo oscuro de la conciencia del hijo de Roma. La ilumina con los resplandores admirables del remordimiento.

Hace resaltar el magnífico novelista la placidez del Justo hacia la inquieta irritación de los malvados. El silencio como respuesta al ultraje. ¡Calumnian al Santo! ¡No en vano se calumnia a Dios!

El crimen de los siglos establece la humildad como fundamento valioso de la santidad. Hay una lluvia de sombras. Es el pudor de los elementos que tienen más alma que los hombres.

El novelista cristiano por excelencia deja en nuestro espíritu la impresión serena de un amor a todo cuanto en el mundo es digno de ser amado. Y ¿Qué cosa no es merecedora de ese amor profundo?